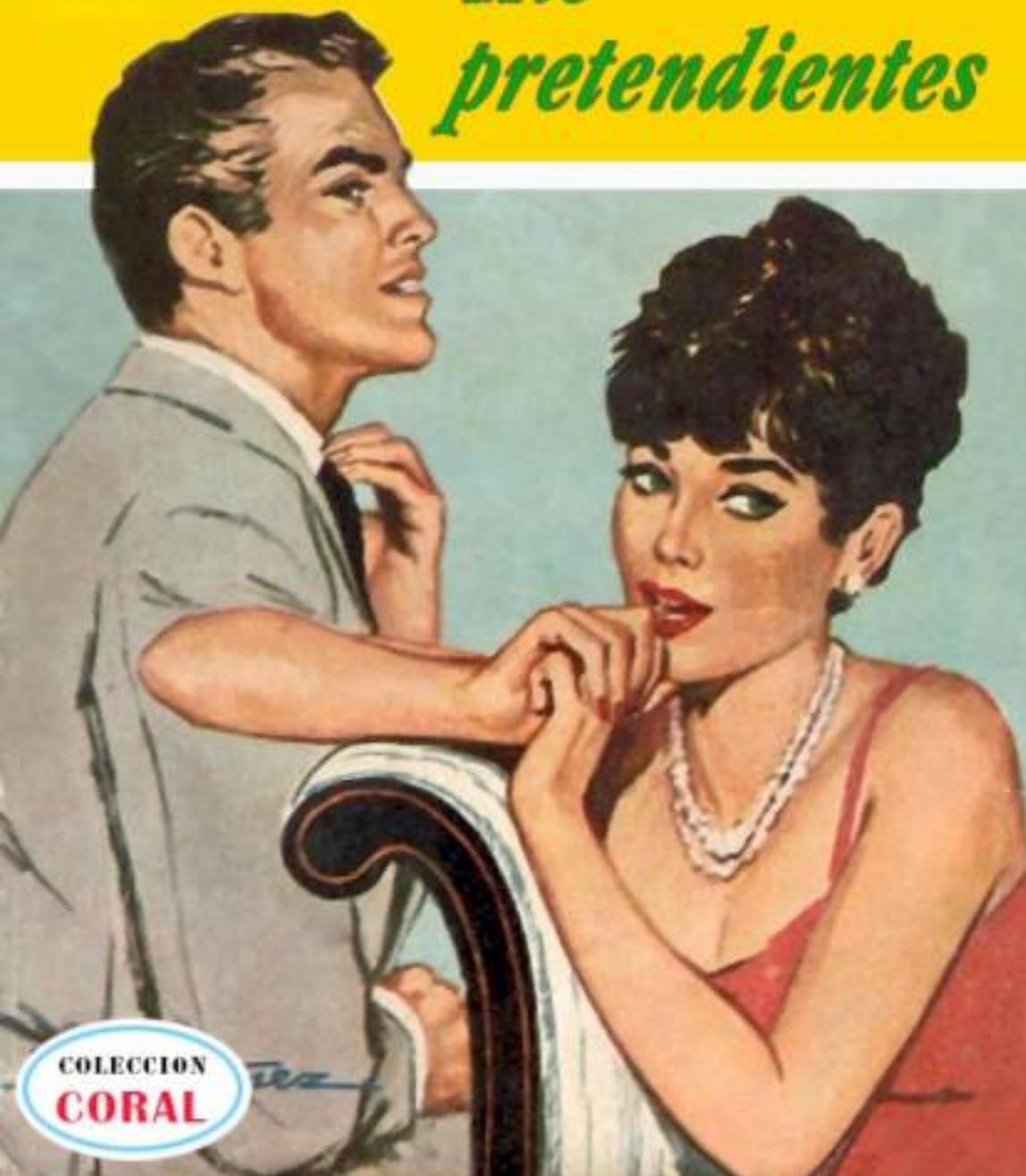


Corín Tellado

Mis pretendientes



COLECCION
CORAL

La experiencia de una mujer que, sin saberlo, estaba enamorada de alguien ante cuya sola presencia sentía siempre una vaga sensación de malestar... porque su mirada era como fuego en su carne.

La pasión, la ternura y el amor, como elementos que sitúan este relato en la mejor tradición de la auténtica «novela rosa».

Capítulo 1

Eugenia y Tomás contemplaron, arrobados, la figura femenina y gentil que atravesaba la calle en aquel instante en dirección a la parada del autobús. Ambos, cuando la joven se perdió entre el conglomerado de personas que formaban la cola, se miraron uno a otro y Tomás suspiró:

—¿No te parece imposible que sea nuestra hija, Eugenia?

La mujer suspiró.

—En efecto, Tomás. —Y con ternura—: ¿No tomas el café? Llegarás tarde al trabajo.

—Es cierto. —Y suavemente—: Mirando a nuestra hija me olvido de todo. Dime la verdad, Eugenia, ¿no es Elena digna de ser la esposa de un príncipe?

La madre sonrió enternecida.

—Conformémonos con un hombre honrado y bueno que la haga feliz.

Tomás sentóse ante la mesa y Eugenia colocó en esta el tazón de café con leche y un trozo de pan. El hombre empezó a desayunar y, mientras lo hacía, comentaba con entusiasmo:

—Es maravilloso tener una hija tan bonita, Eugenia. ¿Te has fijado? Todos los chicos del barrio están enamorados

de ella.

—Calla, Tomás, calla. Te ciega la pasión.

—Eso sí que no. ¿No es Elena la joven más bonita de la barriada?

—Sí, sí; pero tú, en calidad de padre, eres el menos indicado para decirlo.

—Si no expansiono mi entusiasmo contigo, ¿con quién voy a hacerlo?

La esposa sonrió indulgente y el marido le agradeció aquella sonrisa con otra llena de amabilidad.

—Me gustaría que Elena se casara con ese novio que tiene, Eugenia. Es hijo de un coronel.

—Demasiada categoría para nuestra hija, Tomás —adujo la esposa que era menos soñadora que el marido.

Este dejó de mojar pan en el café, y su semblante, bonachón e ingenuo, se alteró un tanto.

—¿Demasiado para Elena? Pero, Eugenia, si nuestra hija merece un trono.

—No seas visionario, Tomás. Hoy día las chicas sin dote no se casan con príncipes ni con hijos de coroneles. Y nuestra hija, Tomás, no posee más que la preparación que le hemos dado a fuerza de sacrificios, un palmito elegante, una cara bonita y su empleo de mecanógrafa.

—¿Y no es bastante para conformar a un hombre?

—Para un hombre sencillo tal vez se necesite menos, pero para un personaje opulento como tú lo deseas para nuestra hija, lo dudo.

—Pues yo te digo...

—Anda. Tomás, anda. No sueñes y ponte la chaqueta, que llegarás tarde al trabajo.

—¡Hum! —refunfuñó el esposo.

Eugenia se aproximó a la ventana y miró al final de la calle, donde se alzaba el pequeño taller de Pedro Ochoa.

—Están abriendo el taller, Tomás.

—Ya voy, ya voy, mujer. Ni siquiera me permites entusiasmarme con los sueños que acaricié toda mi vida.

—Sueños que nunca llegarán a realizarse.

—¿Y por qué no? Te puedo citar a muchas mujeres bellas casadas con opulentos personajes.

—En el cine y en las novelas.

—Que no, Eugenia. También las hay en la realidad.

La mujer suspiró resignadamente. ¡Qué manía tenía Tomás con aquellas cosas! Ella no deseaba un príncipe para su hija, ni siquiera el hijo del coronel que la acompañaba aquellos días. No se fiaba de los hombres ricos. Para Elena le bastaba un muchacho honrado, trabajador y cabal, como su propio padre. ¿No había sido feliz con Tomás? Claro que sí. Y ella había sido tan bella como su hija. Y cuando se casó, Tomás era un simple aprendiz de mecánico. Con el tiempo y el esfuerzo llegó a ser oficial de primera. Y cuando Pedro Ochoa puso aquel taller de reparaciones de automóviles y le propuso ser encargado del mismo, Tomás no dudó en aceptar. Ganaba un buen sueldo y no le fatigaba el trabajo. Pero antes de ser encargado del pequeño taller, había sido un obrero corriente y moliente y ella nunca echó de menos el dinero de un príncipe ni de un simple comerciante. ¿Por qué Elena no podía seguir su ejemplo?

—Te digo —insistió el marido, al tiempo de ponerse en pie y vestir la zamarra de cuero— que también en la realidad. Los príncipes italianos...

—Tomás, por el amor de Dios, que no estamos en el mundo estelar del cine. Pisamos tierra firme y esta no vacila bajo nuestros pies.

—Toda la tierra es firme. ¿Por qué no puede un personaje casarse con nuestra hija?

—Si le metes esas ideas en la cabeza, estamos perdidos.

El obrero se encaminaba a la puerta, con el pitillo colocado en la boca y abrochándose la zamarra.

—Las tiene bien metidas —rio feliz—. Elena no es una cabeza loca. Sabe bien lo que desea y se mira al espejo to-

dos los días. Te digo que hará lo posible para sacar partido de su belleza.

—Bastas tú para alimentar sus esperanzas.

—Es el deber de todo padre.

—Te equivocas, Tomás. El deber de todo padre es educar a sus hijos y evitar que caigan en el pecado de la vanidad.

—Ta, ta. Eso era antes. Hoy los tiempos han cambiado.

—¿Sabes lo que te digo, Tomás? Si todos los padres pensarán lo mismo, yo no me hubiera casado contigo.

Tomás la contempló perplejo. Pero de súbito sonrió triunfal y dijo:

—Yo era un buen mozo, Eugenia, y te enamoraste de mí.

—¿Y no cabe la posibilidad de que Elena se enamore de un hombre vulgar y sin dinero?

—En estos tiempos las mujeres no se enamoran como antes. Son más listas.

Y se marchó riendo, convencido de lo que decía.

Eran las tres de la tarde. Pedro Ochoa se hallaba recostado en la puerta de su taller. Hacía frío, la calle estaba húmeda. Pedro vestía pantalón de lana oscuro, jersey azul subido hasta el cuello y sobre este una zamarra de cuero. Calzaba botas de doble suela y cubría la cabeza con una boina negra.

Era un hombre moreno, fuerte, de estatura corriente. Tenía los ojos oscuros y serios, de mirar quieto. Pedro sonreía rara vez y cuando lo hacía, más que sonrisa era una mueca lo que curvaba el dibujo de su boca, tras la cual se ocultaban unos dientes blancos y fuertes que rara vez enseñaba.

La vida había sido dura para él. Hijo de un oficial de panadero, conoció pronto las penurias y las necesidades. Murió su padre dejándolo poco menos que en la miseria. Hu-

bo de mantener a su madre y a los catorce años empezó a trabajar. Una ocupación en un taller de mecánica que alternaba con sus estudios. A los veinte años era maestro industrial y a los veinticuatro perito, si bien para llegar hasta aquí hubo de pasar hambre, sueño, y muchas amarguras que compartió con su madre, y a solas los dos en el humilde hogar. Fue ahorrando como pudo; un jefe de taller le apoyó y le dio trabajos extras. Un día se decidió a solicitar un préstamo. Le fue otorgado. Puso aquel taller y trabajó por su cuenta.

Pedro pensaba en todo esto apoyado en el marco de la puerta. Una tenue sonrisa, casi inexpresiva, brilló en sus ojos. Desde entonces las cosas iban mejor, mucho mejor, como jamás se atrevió a soñar. Pagó la deuda, compró maquinaria nueva y tenía excelente clientela.

Elena Urdiales salía del portal de la barriada. Pedro dejó de pensar y empequeñeció los ojos. La bella joven pasó a su lado.

—Buenas tardes, Pedro.

—Buenas tardes, Elena —saludó todo lo amable que pudo.

—¿Mucho trabajo?

—No me quejo.

Caminaba y hablaba a la vez. Pedro la siguió con la mirada entrecerrada. Un brillo inusitado apareció en sus pupilas. La boca se cerró con fuerza.

—Hasta luego, Elena.

Se alejaba. Se perdía en la cola de los que aguardaban en la parada del autobús. Como todos los días, mañana y tarde..., se quedó allí, recostado en el marco, con un pitillo perdido en la comisura izquierda de su boca. Quieto, firme, silencioso, con el pensamiento puesto en su infancia, en su adolescencia.

Era un muchacho de doce años cuando en el barrio se dijo que los Urdiales tenían una hija. Todos apreciaban a los Urdiales. Era un matrimonio joven, amable, enamorado,

sencillos y humildes los dos. Eugenia era una espléndida mujer. Él aún la recordaba cuando, pasados unos días, salía paseando con el cochecito de la niña. Esta creció. Primero era una niñita que correteaba por el patio de la barriada obrera tras los chiquillos mayores que ella. Después empezó a ir al colegio. Los Urdiales se diferenciaban de las de más familias obreras. No querían que su única hija se educara en una escuela pública, y la enviaron a un colegio de monjas. Para nadie era un secreto el sacrificio que para los Urdiales suponía aquello; pero ellos no dudaron en privarse de lo más necesario a fin de hacer de su hija una chica culta. Y lo consiguieron. La niña que fue primero, se convirtió en una adolescente bonita. Más tarde, al cumplir los dieciocho años, en una mujer espléndida.

Pedro tiró lejos la punta del cigarrillo y su semblante se hizo más adusto.

Elena empezó a trabajar. Ganaba para sí, según decía su padre. Y este también decía que Elena llegaría a hacer una gran boda.

Sonrió haciendo una mueca. ¡Una gran boda! ¿Qué entendía Tomás por una gran boda?

Él la veía llegar desde la ventana de su piso sobre el taller, con un hombre joven y muy elegante... ¡Una gran boda! Se mordió los labios y entró en el taller. Restregó las manos en una estopa empapada de gasolina y sin prisas se aproximó a dos hombres que manipulaban un lujoso automóvil.

—Esta pieza está gastada, Pedro —dijo un obrero—. ¿La reparamos o la ponemos nueva?

—Ponla nueva —replicó con su habitual sequedad.

Y se dirigió al torno ante el cual había un hombre puliendo una pieza de hierro.

—Eso tiene que estar listo al atardecer, Ricardo —dijo.

Y siguió su camino.

Tomás Urdiales se le acercó.

—¿Hay alguna novedad, Pedro?

—Ninguna. Únicamente que al atardecer vendrán a recoger ese coche. Procure que los muchachos no se duerman. Si me necesita, estaré en la oficina.

—Vete tranquilo.

Lo estaba con respecto al trabajo. Cuando propuso a Tomás un puesto de encargado a su lado, supo lo que se hacía. Tomás era un obrero eficiente, cuanto más un encargado.

Desde la puerta de la oficina, contempló la nave del taller. Había quince hombres trabajando para él y todo aquello le pertenecía. Ya no era un pobretón.

Giró en redondo y se cerró en la oficina. Una joven mecanógrafa le saludó. Le miró con ojos lánguidos. A Pedro le tenían muy sin cuidado las coquetas miradas de la vistosa mecanógrafa. Él amaba a una muchacha y no era de los hombres que cambiaban de sentimientos como de chaqueta.

Y con fiera amargura pensó en las pretensiones de Tomás Urdiales. ¡Una buena boda!

Anita Santos y Elena Urdiales salieron juntas a la calle. Anita era una joven morena, de grandes ojos gitanos, gentil y femenina. No se dejaba querer fácilmente por los hombres. Elena era infinitamente más bella y nadie sabría decir por qué. Su pelo era rubio oscuro y lo peinaba a la moda; sus ojos, azules como puras turquesas. No era una belleza clásica, tal vez sus rasgos no guardaban gran armonía, pero el conjunto era de un atractivo extraordinario. Además era esbelta como un junco, sus formas estaban bien definidas y la sonrisa de su rostro iluminaba cuanto de bello había en su persona. Los muchachos de la oficina decían de ella que todas las bellezas de la Naturaleza se habían recopilado, volcándose en su persona. Y era bien cierto. Ganaba para ella y vestía con gusto a la última moda. Sus ropas, sus zapatos,

sus perfumes, eran de calidad y las que la envidiaban, comentaban entre sí: «Es una presumida».

Mentían. Elena no estaba enamorada de su persona. Era sencilla y cordial, pero deseaba casarse con un hombre rico. Era, por decirlo así, la única aspiración de su vida e iba camino de conseguirla. Su novio se llamaba Alejandro Miranda, pertenecía a una familia de militares opulentos y era hijo tercero de un coronel que ostentaba el título de conde. ¡Casi nada! Las amigas, exceptuando Anita Santos, le envidiaban, y los hombres envidiaban a él, si bien ambos sentimientos dejaban a Elena indiferente.

Cuando salieron a la calle, Anita miró a un lado y otro y comentó:

—¡Maldita lluvia! ¿No viene Alejandro a buscarte?

—Hoy no.

—¿Y eso?

—Tenía que acompañar a su madre a una sala de modas. ¡Un fastidio para Alex! Pero ya sabes lo que son las madres encopetadas.

Anita no respondió. Cogió el brazo de su amiga y ambas se guarecieron bajo el paraguas de Elena.

Anita no aspiraba a tanto como su amiga: su novio era sargento de Aviación y se hallaba destinado fuera. Le escribía dos cartas a la semana y pensaban casarse dos años después.

—¿Vamos al cine? —propuso Anita. Elena casi se espantó.

—¿Crees que tengo ganar de oír a Alex? Es muy celoso y me tiene prohibido ir a ninguna parte sin él.

Anita nunca aprobó aquel noviazgo, y no tenía reparo en decírselo a su amiga, si bien esta nunca se lo tomaba a mal. Anita y ella fueron juntas al colegio. Siempre se quisieron. Fue Anita la que, al ser mujer, se colocó primero, e influyó para colocar en su misma oficina a Elena. Entonces, la amistad se hizo más estrecha. Anita era hija de un contratista de obras y vivían bien, casi con lujo. Ocupaba con sus

padres el quinto piso de un edificio nuevo, en una calle bastante céntrica, y, como Elena, ganaba para sí.

Nadie al verlas les habría tomado por vulgares oficinistas. Parecían hijas de potentados.

—Pero él no duda en divertirse en su esfera social —apuntó Anita contestando a su amiga.

—Es como un deber.

—No entiendo esa clase de deberes. Yo, en tu lugar, no le guardaría tanta consideración.

—Anita, por Dios.

—Escandalízate todo lo que quieras, pero yo repito lo mismo.

—Alex me quiere mucho.

—¿Te hablé de boda?

—Mujer, hay tiempo para eso.

—Hace seis meses que eres su novia, Elena. Al mes, Esteban y yo señalábamos la fecha de nuestra boda.

—En el gran mundo no se hacen las cosas tan precipitadamente.

Anita sonrió, desdeñosa.

—Mira, chica, piensa lo que quieras, pero yo... no opino igual. Yo, en tu lugar, no confiaba tanto. Alejandro es ingeniero e hijo de personas de abolengo, y me parece un pájaro de cuenta.

—¡Anita!

—Lo dicho, y no me mires con esa expresión de espanto. No te confíes mucho. A los hombres les gusta pasear a las chicas guapas y presumir con ellas, pero a la hora de casarse buscan una mujer de su igual.

—Anita, me estás poniendo carne de gallina.

—Ten cuidado, es lo que te digo. Y no seas tonta. No guardes ausencia a quien seguramente se está divirtiendo de lo lindo.

—Vamos al cine —dijo Elena ingenuamente.

Anita sonrió triunfal.

Capítulo 2

Al salir del cine, encontraron a Pedro Ochoa. Abandonaba el local cuando ellas, Anita ya lo conocía de haberlo visto en la puerta del taller, cuando ella iba a buscar a Elena.

Pedro las saludó con un escueto «hola» y Anita, más dicharachera que Elena, entabló conversación. Pedro era parco en palabras, pero pronunciaba alguna y Anita tenía la virtud de hacer hablar a las piedras.

Caminaron los tres juntos hasta el final de la calle. Hablaban del tiempo pésimo que hacía, de la película, que había sido vana y vulgar, y del trabajo... Elena no tomaba parte en la conversación, salvo que la abordaran directamente. Al final de la calle. Pedro se despidió y se perdió en una tasca. Ellas continuaron su camino.

—¿No le tienes simpatía? —preguntó Anita.

—Me impone un poco. Es como una estatua —dijo alzando los hombros.

—Su conversación es interesante.

—¿A qué llamas interesante?

—A sus mismos silencios prolongados. Es un hombre serio y gusta hablar con él.

—No comparto tu gusto. Será que siempre lo vi en el barrio.

—Puede ser eso. A fuerza de ver siempre a una persona, llegas a cansarte. Yo no estoy en tu lugar. Lo conozco desde que tú trabajas. Y es un hombre que no dice tonterías ni frivolidades. Hoy hay pocos hombres así.

—Cuidado, Anita. Parece que te gusta.

—Estoy enamorada —replicó Anita deliciosamente—, pero si no lo estuviera... ¡Quién sabe! Aunque no me parece hombre fácil de conquistar.

—Nunca le conocí novia.

—¿Y vivió siempre en el barrio?

—Yo siempre lo vi por allí.

—¿Vive solo?

—Con su madre. Es una viejecita pulcra y bondadosa. Papá admira mucho a Pedro. Dice que ha sido un muchacho de tesón.

—Y parece que vive bien.

—Mujer, tiene un taller de reparaciones. Pasó años muy malos. Eso lo cuenta papá cuando narra casos de la vida de sus vecinos.

—¿Y no te parece eso muy meritorio?

—Naturalmente; pero no querrás que por eso ame a Pedro.

Anita rio divertida.

—No imagino —dijo regocijada— a una joven tan bella y delicada como tú amando a un hombre tan... ¿cómo diría...?

—Tosco —atajó Elena.

—No —reprobó la otra pensativamente—, tosco no es la palabra. Yo diría mejor, enigmático.

—Te advierto que solo tiene treinta y un años.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Le echaría por lo menos treinta y cinco.

—Yo también. Pero papá dice que tiene treinta y uno y trabaja en talleres desde los catorce, y lo curioso del caso es que estudió la carrera de perito al mismo tiempo.

—¡Extraordinario! ¿Dónde vive?

—En el primer piso sobre el taller. Viven él, su madre y Juana.

—¿Quién es Juana?

—Una mujer que se dedicaba a limpiar portales. Y desde hace tres años está de sirvienta en su casa. La madre de Pedro tiene muchos años.

—Ya. ¿Y por qué vestirá así?

—Nunca lo vi de otra manera. Pantalones, jersey y botas fuertes. Es muy vulgar.

—¿Qué entiendes tú por vulgar?

—Lo que es Pedro Ochoa.

—Su físico y su indumentaria tal vez sean vulgares —admitió Anita pensativamente—, pero su idiosincrasia no lo es. Yo diría que es todo lo contrario.

—¿Sueñas?

—No por cierto. Expreso en alta voz lo que observé en él.

—¿Y qué observaste en él? —preguntó Elena regocijada e incrédula.

—El mirar de sus ojos, la mueca que crispa la boca. Hay algo bajo todo eso. Algo que lo diferencia de los demás hombres.

—Tal vez me equivoque —aceptó, alzándose de hombros—, pero... no es fácil.

Se detuvieron al final de una céntrica calle. No había cola para el autobús. Era ya las diez de la noche. Anita se despedía. Vivía en la calle paralela. Elena tendría que tomar el autobús que iba hacia el barrio.

—Ves visiones, Anita. Hasta mañana.

—Sí, ya seguiremos hablando de eso.

—No, por Dios. Es un tema aburrido.

El auto frenó a su lado. Era un «Seat 600» de color azul, ya bastante usado.

—Voy para casa, Elena —dijo la voz de Pedro, sacando la cabeza por la ventanilla—. Si quieres subir...

Las dos amigas se miraron. Una regocijante sonrisa brillaba en la mirada de ambas.

—Claro que subo, Pedro —dijo. Y mirando a su amiga —: Hasta mañana. Anita.

—¿Es tuyo? —preguntó Elena cuando el auto había ya arrancado.

—No. Pero como si lo fuera. Lo reparamos en el taller y lo estoy probando.

—Es verdad. No me acordaba que tú casi siempre vas en coche.

—Aunque no sean míos.

Elena, sin responder, se limitó a sonreír. Hubo un silencio. De pronto, Pedro aminoró la marcha y la miró. Elena pensó en Anita. Tal vez tenía razón. Los ojos de Pedro eran serios, pensadores, no eran los ojos joviales de un joven feliz que lo expone todo en la mirada. Pedro ocultaba más bajo su mirada que en sus silencios.

—Elena, quiero decirte algo.

Ella no dio importancia a la solemnidad de aquella voz.

—Dilo.

—Tú sabes que no soy un sentimental.

La joven frunció el ceño. ¿Qué le importaba a ella que Pedro fuera o no un sentimental?

—No te conozco, Pedro.

—¿Que no me conoces?

—Para los efectos, no. Te he visto siempre en el barrio, pero te traté poco.

—No obstante, sabes que soy un hombre leal y consciente.

—Me lo pareces.

—Nunca he tenido novia.

Se volvió un poco, para mirarlo mejor. Las mandíbulas de Pedro estaban cuadradas. Su mirada era o parecía más oscura. Sintió curiosidad. ¿A qué fin le decía aquellas cosas? A ella le importaba un pepino que Pedro hubiera tenido novia o no.